

¿Por qué es triunfante la derecha?

Mario Jaramillo

*L*a fuerza arrolladora de un sistema de ideas, que defiende la iniciativa privada, la economía de mercado, la fe en el individuo, la libertad como tradición, no parece detenerse, y en cambio, arroja, cada vez más, resonantes triunfos. A ello se refiere el autor en este ensayo, visto el fenómeno desde una perspectiva histórica, pero tratado con toda la actualidad que merece el tema, en especial para el pensamiento hispanoamericano.

LA PRIMERA IMPRESIÓN DEL LECTOR, al leer rápidamente el título de este ensayo, puede resultar aprensiva. Es lo que pretendo. Porque a veces, para aclarar posiciones y conceptos, un golpe a las sensibilidades es el recurso más audaz y fructífero.

Tampoco es mi única pretensión. Además de intolerable, alguien podría pensar que se trata de un ensayo inocuo. Pretendo que no lo sea.

Al incluir el adjetivo *derecha* mi intención no es otra que la de ajustarme a la realidad política, sin despreciar la sabiduría del diccionario. Es, entonces, el resultado de una soberbia combinación: los hechos y las palabras.

Empecemos por lo segundo, que es el trampolín de la discusión. La *derecha*, según los diccionarios, representa la tendencia moderada del espectro político. Páginas más adelante, la *moderación* se explica como aquella actitud que suele asumir el hombre ante los excesos. El rótulo, pues, es dignificante cuando desprevénidamente nos asomamos a su significado: todos aquellos seres humanos que piensan y obran moderadamente, es decir, sin excesos, son de derecha. Son la derecha.

Agotado dialécticamente el debate semántico, pasemos a lo primero —los hechos—, que es la piscina a pleno sol. El encuentro con los acontecimientos exitosos.

La derecha catastrófica

FUE SIMONE DE BEAUVOIR, JUSTAMENTE una intelectual de izquierda, la que mejor condensó las debilidades de la derecha durante más de tres décadas. Escribió una obra, más o menos impunemente, porque la atención de sus lectores tradicionales estaba entonces dirigida hacia los escritos literarios. Casi inédito este escrito¹, hoy podría ser el mejor instrumento para explicar por qué no triunfó antes la derecha.

II TRIMESTRE 1988

Su tesis central, elaborada en la posguerra, está expuesta sin titubeos: la derecha es apocalíptica. Al desarrollar la idea, muestra cómo lo que ella denomina el pensamiento burgués aparece, ante los ojos del mundo, empeñado en demostrar que el destino de la humanidad es trágico, decadente, ruinoso, abrumado por un cataclismo que abolirá la civilización de Occidente. "Los burgueses de hoy —dijo entonces— tienen miedo"¹.

Para argumentar la teoría, citaba extensamente a Splengler, Malraux e incluso a Aron, que no fue siempre un pesimista. Y se formulaba una pregunta obvia: "¿por qué el intelectual occidental se obstina en defender una civilización condenada, que duda de sí misma"².

Eso era la derecha: pesimista, sumida en lo que de Beauvoir calificó como el *catastrofismo histórico*.

La derecha como reacción

PERO DE BEAUVOIR PUSO EN EVIDENCIA otra calamidad del pensamiento de derecha: su propia incapacidad para demostrar que no tiene otro punto de referencia distinto al de atacar permanentemente a la izquierda. En ello cifraba todo su entusiasmo dialéctico. Y cuenta la novelista francesa que era tan evidente el fenómeno, que hasta un pensador caracterizado, como Thierry Maulnier, llegó a escribir a sus amigos en 1953: "Al fin de cuentas, ¿qué tenéis para oponer al comunismo? Hasta ahora luchábamos contra él en nombre del terror que nos inspiraba. ¿Y si este terror cesara? Si el comunismo renuncia al terror, si puede, si se atreve a renunciar al terror, será necesario que renunciéis a hallar en él mismo las armas para combatirlo, y que las encontréis en vosotros... La defensa de Occidente ha sido hasta ahora negativa; el Occidente no quiere el comunismo; bien, pero ello no puede hacer las veces, indefinidamente, de un porvenir que se propone a los hombres, de un sentido que se otorga a ese porvenir"³.

Eso era la derecha: anticomunista, y nada más.

Argumento demoledor, sí, pero, a la luz de los episodios, también comprensible. La guerra, por segunda vez en veinte años, había sembrado el terror. No era creíble que una tercera confrontación fuese imposible. El paisaje era desolador, triste. El estado anímico de los europeos, sobre todo, era espejo de lo sucedido.

Naturalmente, a lo anterior, se sumaba el arrebato de una buena porción del continente por parte de los soviéticos. El triunfo sobre Alemania había resultado excesivamente oneroso, sin que en la repartición hubiese mediado una inteligencia notable o, por lo menos, defensora integral de los intereses de Europa. Los abogados de oficio, asignados a los sindicatos, sólo se preocuparon por ello y no contemplaron el asunto más allá de sus narices.

1 / Simone de Beauvoir, "El pensamiento político de la derecha", Editorial Levatán, Buenos Aires, 1983.

2 / *Ibid.*, p. 9.

3 / *Ibid.*, p. 21.

4 / *Ibid.*, p. 23.

La lógica era incuestionable: el discurso debía dirigirse contra el comunismo que, poco a poco, de manera totalitaria, se apoderaba de cuanto topaba en su recorrido expansionista. La Cortina de Hierro, finalmente, avaló por unanimidad el manifiesto anticomunista de la derecha. La revolución de octubre no terminaba...

"Pensamiento de vencidos, pensamiento vencido"⁴, concluyó Simone de Beauvoir, inteligente y realista.

La izquierda golpea

EL BAJO PERFIL SE MANTUVO INTACTO durante años. La izquierda golpeó duro, a todas las puertas, que se le abrieron de par en par. La ilusión marxista, consoladora y paternalista, no encontró tropiezos infranqueables, pero, en cambio, fue bienvenida, ingresó a la universidad y obtuvo calificaciones sobresalientes. No tenía competencia. Los marxistas, solos, llenaron las aulas.

El rojo tiñó las pizarras, pero, a la hora de las realidades, los resultados fueron infelices. Casi desastrosos. La ola izquierdizante, que cundió por el mundo entero, arribó a la orilla remojando apenas la arena. En aquellas naciones, donde se alzó con el poder, pero donde aún era posible verificar el experimento sin que sus formas adquirieran expresión totalitaria, el marxismo probó ser un rotundo fracaso.

Sus enormes fuerzas bélicas, sin embargo, sobreviven, al igual que su capacidad para producir revueltas armadas en un Tercer Mundo que se debate entre la ignorancia y la inocencia. Sus intelectuales, ahora venidos a menos, apabullados, son acaso un manojo, con un discurso político que no arroja luces sobre su propio destino. Convertido más en cartilla de una escasa minoría, directamente proporcional a la disminución de las fuerzas electorales, hoy no despierta fervores.

El socialismo ha muerto. En estado de orfandad. Hasta los mismos socialistas no han querido asistir a las honras fúnebres.

Pero es, precisamente en los estertores, cuando se corren riesgos imprevisibles. Ellos resuellan en las puntas. El terrorismo, por ejemplo, es un estertor desconcertante, mortal, difícil de reducir, cuyos tentáculos se extienden por todas las latitudes. ¿Cómo atacarlo? sigue siendo un interrogante universal.

La derecha autónoma

PERO, AHORA SÍ, VAMOS a los acontecimientos exitosos.

La izquierda propició, paradójicamente, las circunstancias para que la derecha hiciera una reaparición triunfal. Amedrentada durante años, co- ció en ese tiempo lo que más adelante sería su salida talentosa. En medio del *boom* izquierdista, revisó en silencio, y solitariamente, sus posturas.

5 / *Ibid.*, p. 15.

Estudió de nuevo los clásicos del pensamiento, aglutinó a los desafectos del régimen marxista y, como consecuencia, asumió una nueva actitud ante la vida. Un nuevo discurso político, refrescante y atractivo, depuso los malos espíritus y alejó las sombras del pasado.

Después de las secuelas del 68, que concentraron en Europa la atención de observadores y de sus participantes activos, al otro lado del Atlántico, Berkeley, también se convertía en tema añejo.

Los años 70, pues, anunciaban giros absolutos.

En la economía, al premiarse a Friedrich Hayek con el Premio Nobel, se produce un primer salto al éxito. El profesor vienés, hasta entonces en el anonimato que concede los claustros universitarios, realiza un acto de afirmación en las libertades: sólo la economía de mercado aumenta la producción y, en efecto, genera el bienestar material. Si no hay libertad económica, no hay libertad política⁶.

Nada se dijo a primeras del socialismo. Era natural. No había por qué decirlo. El socialismo, como corolario, quedaba por fuera de toda discusión.

Por primera vez el pensamiento de derecha ganaba en autonomía. Empezaba a ser independiente. Su punto de referencia, su marco teórico y de actuación pública ya no era la izquierda. El mito se derrumbaba. Ahora razonaba por sí mismo y accionaba su propio método. Como que, de pronto, alguien podía ir de la mano con Maulnier a visitar a Simone de Beauvoir sin temor a enrojecerse, sin temer al temor.

La esencia del triunfo

SUSPENDAMOS POR AHORA EL RELATO y, más bien, adentrémonos en la esencia del triunfo.

Hay en Hayek una teoría del optimismo. Porque el ejercicio de la libertad es un ejercicio optimista. Todo lo que proporciona bienestar lo es. La esclavitud, en cambio, es un concepto negativo, fatal, defensivo. “La libertad —explica Hayek— únicamente se convierte en positiva a través del uso que de ella hacemos. No nos asegura oportunidades especiales, pero deja a nuestro arbitrio decidir el uso que haremos de las circunstancias en que nos encontremos”⁷.

“Lo que importa es el esfuerzo afortunado en pro de lo que en cada momento parece obtenible. La inteligencia humana no se prueba a sí misma mediante los frutos de los sucesos pasados, sino con los del presente y con los del futuro... El disfrute del éxito personal sólo lo obtendrán en gran número los miembros de una sociedad que como conjunto progresa rápidamente”⁸. El progreso, pues, se da por la medida de optimismo que le imponemos a nuestros actos, presentes y futuros, de manera colectiva.

6/ Ver Friedrich A. Hayek, “Los fundamentos de la libertad”, Centro de Estudios sobre la Libertad, Buenos Aires, 1982.
7/ *Ibid.*, p. 43.
8/ *Ibid.*, p. 70.

Michael Novak, en su calificado *capitalismo democrático*, resalta el hecho de que una democracia “adquiere en condiciones de crecimiento un carácter pacífico y generoso, y cada una de sus partes se muestra briosa, animada y expectante. Permite no sólo soñar, sino realizar los sueños”⁹. La riqueza obra entonces no sólo como generadora de optimismos, sino constituye en sí una razón para el optimismo.

El toque de distinción política, a toda esta manera de ser, se lo proporcionó Reagan, Nakasone, Thatcher, Kohl, pero fue Jacques Chirac quien mejor supo expresarlo en una atinada frase, al asumir como Primer Ministro en Francia: “Nosotros tenemos la visión resueltamente optimista del hombre”¹⁰.

Las acusaciones de los contradictores

EL DISCURSO GLOBAL DE LA DERECHA, con un lenguaje novedoso y arrollador, no parece satisfacer, sin embargo, a todos. Hay quienes cuestionan su ética, sobre todo los seguidores de las doctrinas de la Iglesia Católica, que sospechan en él la resurrección de un capitalismo abominable, distante de los principios sociales defendidos tradicionalmente por la Iglesia.

Es también Michael Novak, como pensador católico que es, quien brillantemente resuelve esa aparente “contradicción”, como suele ser tildada por los indecisos.

“Las acusaciones tradicionales al capitalismo democrático —sostiene Novak— pertenecen a dos categorías: las que se oponen a la democracia y las que se oponen al capitalismo. A lo largo de los años la primera fue desapareciendo. Las iglesias aprendieron a anhelar la democracia y la libertad religiosa. No obstante, la resistencia al capitalismo sigue en pie. Las acusaciones genéricas y fundamentales que se elevan contra él son que es individualista, materialista y anárquico. A veces, también se sugiere que fomenta la desigualdad”¹¹.

“En cierto sentido, al permanecer ajenos a la corriente histórica del capitalismo democrático, los pontífices pudieron formular ciertas críticas legítimas a los abusos y errores cometidos en él y sustentar muchas propuestas de reformas humanitarias que a la postre aquél adoptó. Pero simultáneamente, a su alrededor se desmoronaban los últimos restos del mundo medieval y del mercantilismo de Estado. Al resistirse al socialismo y quedar al margen del capitalismo democrático, las enseñanzas sociales de la Iglesia Católica pretendían una cierta neutralidad, pero poco a poco comenzaron a estar suspendidas en el aire. A la par que el pensamiento católico se ocupaba de toda clase de regímenes, tradicionales y modernos, su defensa de un “camino intermedio” parecía vacía de contenido, ya que en la práctica no existen ejemplos de ese camino intermedio. De este modo, las enseñanzas

9/ Michael Novak, “El espíritu del capitalismo democrático”, Ediciones tres tiempos, Buenos Aires, 1983.
10/ Jacques Chirac, “Le discours du redressement national”, *Le Figaro*, París, 12 abril 1986, p. 100.
11/ Novak, “El espíritu del capitalismo democrático”, p. 260.

sociales de los católicos han venido a ocupar una especie de terreno utópico; literalmente, una tierra de nadie. Comenzaron a resultar característicamente abstractas, ultramundanas, desarraigadas”¹².

“El modelo intelectual de Paz y Justicia que ofrece la doctrina social-católica —continúa el ideólogo norteamericano— se halla en la actualidad más próximo a una forma moderada de socialismo que al capitalismo democrático. Poco es lo que puede decir acerca del mercado, de los incentivos, de la ética de la producción, de los hábitos, disciplinas y organización necesarios para la creación de la riqueza. Parece dar por sentada la producción de la riqueza (como si ésta estuviese tan limitada y estática como en la época medieval), y dedica todo su esfuerzo a apelar por su redistribución. Aparentemente, los descubrimientos de la era moderna no han afectado casi nada a esta doctrina; no hay en ella virtualmente signos de una reflexión teológica sostenida acerca del capitalismo democrático, pero hay en cambio muchos signos de anuencia con el pensamiento convencional de los socialistas de Europa y del Tercer Mundo”¹³.

“Uno de los temas principales que emergen en esta nueva doctrina social es que “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz”. Empíricamente, sin embargo, no parecía cierto que los países desarrollados se apliquen con fuerza a alcanzar la paz: algunos de ellos están armados hasta los dientes. Entre las naciones que han seguido los modelos socialistas de desarrollo (de los que ha habido decenas desde la Segunda Guerra Mundial), nos encontramos con una situación afligente y gris, con dependencia económica y opresión política. Las doctrinas sociales de la Iglesia Católica actual no parecen partir de una reflexión empírica sólida sobre estos resultados, aunque Juan Pablo II haya comenzado a establecer las diferencias. Sus consideraciones sobre la creatividad también son promisorias. Cualquier sistema económico que no quiera estancarse debe producir más de lo que invierte; debe generar acumulación de capital. La ganancia es, pues, una condición del desarrollo; sin ella, sólo hay pérdidas o estancamiento. La iglesia parece haberse detenido a pensar, por fin, en las causas creadoras de la riqueza”¹⁴.

Y concluye Novak: “Uno presumiría que los teólogos católicos, en particular, serían más modestos al hablar del desarrollo, ya que los antecedentes de países totalmente católicos en materia de desarrollo económico y social no son del todo elogiados. (Desde ya, lo mismo puede afirmarse de sus antecedentes en el establecimiento de la democracia). ¿Habrá quizás algunas lagunas intelectuales en la doctrina católica sobre economía política? ¿Faltarán entonces algunas lecciones?”¹⁵.

El planteamiento es de una asombrosa nitidez. Existe, en efecto, en las enseñanzas de Juan Pablo II, una apertura de la Iglesia Católica al capitalismo democrático; pero, al propio tiempo, parece configurarse hacia el futuro un enorme desafío: o la Iglesia Católica se pone al día o el devenir

de los días, con el peso aplastante de los hechos, arrollará estruendosamente su sospechosa quietud.

Nadie puede estar en contra de que a la gente le vaya bien.

Cuando todos los cristianos del mundo, sobre todo los católicos, decidan no “poner más la otra mejilla”, sino acepten que la “fe mueve montañas”, que es el redescubrimiento de la fe en sí mismo a través de Dios, adquirirán un nuevo sentido de la vida, y la felicidad se tornará en una de sus mayores conquistas espirituales. Russell Kirk, célebre historiador del conservatismo norteamericano y británico, expresó hace tiempo que “no estamos hechos aquí abajo para la felicidad, y no encontraremos la felicidad, al menos que la persigamos deliberadamente”¹⁶.

El arribo a Latinoamérica

HASTA AHORA NO HEMOS SINÓ ESQUEMATIZADO una corriente universal puramente ideológica. Un movimiento de pensamientos dinámicos que coinciden en lo fundamental. Por ello, se ha empleado la palabra *Derecha*, como expresión aceptada por la generalidad de los pensadores modernos para describir el fenómeno.

En los fueros partidistas de la política, sin embargo, el asunto es más complejo. Sorman, el economista francés, ha escrito dos libros¹⁷, ha emprendido muchos viajes y aún no parece resolver el problema. Para este delicioso escritor, inquietan las variantes que sufre el ser liberal o conservador, de partido, de un extremo a otro del mundo. Adjetivos éstos, inclusive, que a veces no se ajustan a la filosofía de fondo que ellos suponen.

¿Qué son? ¿Neoconservadores? ¿Neoliberales? ¿Neoliberales-conservadores? ¿Nueva derecha? En fin, como que en cada lugar el bautizo responde más a una cuestión de gustos que a una urgencia histórica. Al propio Hayek, por ejemplo, defensor de la libertad como tradición de la civilización, y desde luego de un orden social, le produce escozor en la corteza cerebral que lo llamen conservador. Tanto que redactó un capítulo contra este calificativo personal¹⁸. Aunque creo que fue en vano, porque no pudo escapar, a conciencia, de la definición que Edmund Burke dio de la virtud conservadora: combinar la disposición para conservar con la habilidad para reformar.

Como para aclarar es inevitable terciar, inclinémonos entonces por aquello de la *Derecha*. Cabemos allí todos los moderados de este mundo, enemigos de los excesos, que compartimos un sistema de ideas propias y autónomas. En consecuencia, en lo partidista, el movimiento debe ser dirigido hacia lo semejante, hacia lo que más se parezca, sea partido liberal, sea partido conservador.

En Colombia, por ejemplo, hay pruebas contundentes de que no todos los que están en el partido conservador son conservadores ni todos los

12 / Ibid, p. 264.

13 / Ibid, p. 266.

14 / Ibid, p. 267.

15 / Idem.

16 / Russell Kirk, “A program for conservatives”, Henry Regnery Company, Chicago, 1956, p. 16.

17 / Ver Guy Sorman, “La solución liberal”, Atlántida, Buenos Aires, 1985 y “La revolución conservadora americana”, Atlántida, Buenos Aires, 1985.

18 / Hayek, “Los fundamentos de la libertad”, p. 514.

que pertenecen al partido liberal son liberales. Es, ciertamente, un síntoma de confusión partidista, pero no necesariamente un síntoma de confusión ideológica.

Por lo mismo, constituir un movimiento que reacomode las fuerzas bipartidistas, donde se encuentren los próximos, los más cercanos a este nuevo sistema de ideas, es una alternativa informal de pensamiento formal. Tampoco parece descartable que, con el transcurso del tiempo, ese movimiento asuma un tono partidista, a semejanza de lo ocurrido con la UCEDE¹⁹ argentina, que obtuvo en las pasadas elecciones su primer millón de adherentes imperturbables.

Pero no a todos los países latinoamericanos les ha llegado el mensaje. La revolución informática aún no penetra con las dimensiones esperadas, y parece que las buenas noticias arribaran a puerto en barco de vapor. Fuera del caso argentino, sólo Chile, quizás por su peculiar situación, ha adelantado bastante en sus tareas de privatización y economía de mercado, pero aguarda una salida democrática para liberar definitivamente sus fuerzas productoras.

No obstante, hay en el continente una agitación extraordinaria y un flujo importante de doctrina que empieza a incorporarse sistemáticamente en los cuerpos de opinión. Es un primer paso cuyo camino presagia un porvenir halagador.

¹⁹ Unión de Centro Democrático, UCEDE, partido constituido recientemente en Argentina. Su plataforma política aparece en CIENCIA POLÍTICA, número 9, IV trimestre de 1987, p. 178.